
CUAUHTEMOC.

ULTIMO EMPERADOR DE MEXICO.

I.

EL mundo admira, y con justicia, el denodado valor de los defensores de las Termópilas, al mando del intrépido Leónidas; pero si se tienen en cuenta las ventajas topográficas del punto defendido, y la educación política y guerrera de los hijos de Esparta, admira ese rasgo de inmenso valor, pero no se extraña; y por el contrario, el mundo desconoce por completo los sacrificios y las pruebas de un valor temerario, dadas por el pueblo azteca al defender la populosa Tenochtitlan de la invasión y de la conquista.

Si bien es verdad que el número de los conquistadores españoles era reducido, no lo era así el de los aliados que el célebre Hernán Cortés supo unir á su ejército, para caer como una avalancha sobre la capital del imperio mexicano.

Mas de trescientos cincuenta años que desde entonces han pasado sobre esta region de la América, antiguamente asiento de pueblos numerosos y guerreros, y hoy madre de otra raza y de otros héroes, no han sido bastantes para borrar la imponente figura de Cuauhtemoc, último y desgraciado emperador mexicano, que como la personificación del valor y del heroísmo, se levanta siempre grande y siempre noble, á través de tantas vicisitudes, y de tantos martirios y de tanta sangre.

II.

Al día siguiente de la formidable batalla que los conquistadores tuvieron que soportar en las llanuras de Otompan, y la cual habia sido notable, tanto por el número de los combatientes, que algunos historiadores hacen subir á 200,000, cuanto porque ella decidió de la suerte de un pueblo, emprendieron los españoles su marcha hácia la república de Tlaxcallan, donde no obstante la brillante acogida que habian encontrado en su primer viaje, temian no hallar una sincera hospitalidad, y que su desesperante situacion hiciese flaquear el ánimo de sus aliados, cerrándoseles para siempre las únicas probabilidades que tenian de encontrar un refugio seguro. Con estas inquietudes, Hernan Cortés recomendó á su pequeño ejército que guardase á los tlaxcaltecas todo género de consideraciones, y no provocase motivo alguno de rompimiento. Contra los temores del jefe español, fueron recibidos en Tlaxcallan con la pompa y alegría de unos verdaderos aliados. La permanencia de los españoles en la capital de la república se prolongó por algun tiempo; pero su situacion no fué, sin embargo, bonancible, pues á consecuencia de las heridas que recibiera Cortés en la batalla de Otom-

pan, fué necesario extraerle algunos pedazos de cráneo, operación que le ocasionó una gravísima enfermedad, que puso en gran consternación al ejército. Las hostilidades de los mexicanos no cesaban; y cuantas pequeñas partidas españolas se aventuraban á internarse de Veracruz á Tlaxcallan, eran derrotadas y sacrificadas; y como si estos males no fuesen bastantes, síntomas de rebelión comenzaron á aparecer entre los soldados de Cortés, y muestras de disgusto y descontento entre los tlaxcaltecas.

Algunos de los antiguos soldados de Narvaez, que Cortés habia agregado á sus fuerzas, hicieron una representación manifestando lo difícil de la situación, lo aventurado de una conquista, y los deseos de todos de abandonar la audaz intentona de Cortés. Muchos de los descontentos tenían bienes de fortuna en Cuba, y echaban de menos las horas de una vida tranquila y descansada.

Cortés contestó la representación invocando el honor caballeroso de los españoles, y llamándoles cobardes si preferían dejar solo á su general, á tomar parte en una obra que el mundo habia de aplaudir y admirar.

Sofocadas estas rebeliones quedaba por vencer el descontento que germinaba entre los tlaxcaltecas. Con motivo de una embajada que habia mandado el emperador mexicano, solicitando la paz, Xicotencatl, el bravo Xicotencatl, habló en el senado en contra de los españoles; todos los jóvenes y algunos guerreros se adhirieron á su opinión, prefiriendo una alianza con sus antiguos enemigos los mexica, á seguir favoreciendo y engrandeciendo á los blancos, á quienes titulaban déspotas y orgullosos.

La elocuencia de Xicotencatl no fué bastante para decidir al senado, cuyos miembros eran amigos de Cortés; y el joven general, á semejanza del orador Manuel, fué arrojado de la asamblea.

Se le dejó aislado, como se le habia abandonado en los campos de batalla.

La embajada mexicana dejó á Tlaxcallan y trajo á México la noticia de la alianza entre españoles y tlaxcaltecas, y las probabilidades de una invasión.

Mientras tanto, Cortés no descansaba, y hacia grandes preparativos para arrojar sobre la capital del imperio.

III.

Antes de emprender sus operaciones, quiso Cortés dominar y castigar á los de Tepehacac (Tepeaca). Despues de dos batallas sangrientas, fundó su cuartel general y sus pendones en la capital; y aquí fué donde para mengua de la humanidad, se hicieron los primeros *repartimientos* de esclavos. Los prisioneros fueron marcados con hierros candentes, y repartidos entre los españoles y sus aliados los tlaxcaltecas, que en número de 50,000 les acompañaban en sus conquistas; y como si esta infamia no fuese bastante, la misma naturaleza se encargó de agravar la situación de los pobladores del Nuevo Mundo, esparciendo entre ellos el virus venenoso de una nueva y terrible enfermedad: la viruela.

Segun algunos historiadores, uno de los tripulantes de los buques que habia traído Pánfilo de Narvaez atacado de la viruela, fué el primero que introdujo la terrible epidemia, que con una espantosa velocidad se extendió entre los mexicanos, merced, sin duda, á la ninguna higiene que los distinguía.

Víctimas de la viruela cayeron desde luego dos grandes personajes: Maxiscatzin, senador tlaxcalteca y gran amigo y

defensor de Cortés, y Cuiclahuatl, emperador de México y vencedor de los españoles en la *Noche Triste*.

Grande pesar hicieron los españoles con la muerte de Maxiscatzin, tanto que á su regreso á Tlaxcallan en Diciembre de 1520, dispuso Cortés que él y sus oficiales vistiesen de luto, para mas honrar la memoria del sábio magistrado.

Una vez en Tlaxcallan, Cortés solo pensó en reunir sus elementos de guerra, en procurarse otros nuevos y en instruir y armar á sus aliados. Comprendiendo que la situación de Tenochtitlan, en medio del lago, favoreceria extraordinariamente á los mexicanos é impediria un sitio, ordenó á Martin Lopez, carpintero de ribera, la construccion de unos bergantines que desarmados pudiesen ser llevados en hombros de indios hasta las orillas del lago, que bañaba con humildad los muros de la capital del imperio.

Púsose mano á la obra; pidiéronse á Veracruz las jarcias, fierro y velámen de los buques, que allí se habian desaparejado, y dióse órden para que todo el ejército se ocupase en los preparativos de la marcha. Bien pronto los bajeles estuvieron casi terminados, y la pólvora elaborada, para lo cual subióse por azufre al Popocatepetl, siendo esta la primera vez que en ese magestuoso guardian del valle de Anahuac se asentaba la planta de un soldado europeo; esto, y el haber llegado á Veracruz varios buques, cuyos tripulantes se adhrieron á la empresa comenzada por Cortés, lo decidieron á abrir una nueva campaña; mas antes de hacerlo quiso alejar del ejército á los descontentos, proporcionándoles manera de volver á Cuba; entre los que se separaron de aquel puñado de héroes, cuéntase al secretario Duero, implacable enemigo de Cortés, y que mas tarde debia, en España, deponer en contra de su antiguo general y amigo.

IV.

Tal era la situación del imperio cuando ocurrió la muerte de Cuitlahuatl, sétimo emperador, valeroso guerrero y enemigo formidable de los conquistadores, cualidades que le han merecido que el historiador Solís asegure que fué un pobre emperador, cuyo reinado no dejó simpatías entre los mexicanos.

Luego que se supo el fallecimiento del héroe de la *Noche Triste*, reunióse la nobleza á los sacerdotes, á fin de elegir emperador que á grandes virtudes guerreras, uniese un ánimo esforzado para salvar la difícil situación en que se encontraba el imperio.

La elección, casi por unanimidad, recayó en Cuauhtemoc,* intrépido guerrero que á su notable gallardía y donosura, unia un corazón magnánimo y esforzado. Hijo del célebre conquistador Ahuizotl, habíase distinguido en los combates

* Cuauhtemoc, ó mas generalmente conocido por Cuauhtemotzin. La partícula *tzin* era entre los aztecas un distintivo de respeto y consideración, y quería decir señor; así, pues, á todos los reyes se les aplicaba y se decía: Acamapichtli ó Acamapitzin, Cuitlahuatl ó Cuitlahuatzin.

de la capital contra los españoles, y tanto, dicen los cronistas, que sus compañeros le respetaban y aplaudían. Joven de veinticinco años, llevaba al trono su contingente de ardor juvenil y patriotismo, y el deseo de arrojar de las tierras de sus antepasados al audaz conquistador.

La historia nos ha conservado la arenga que el gran sacerdote (teoteuhli) dirigió á Cuauhtemoc con motivo de su elección, arenga llena de nobleza y de esperanza, que caracteriza perfectamente el espíritu de aquella época.

No arredraron á Cuauhtemoc los peligros de la situación, ni la responsabilidad del mando, y consultando solo su amor á la patria aceptó gustoso el trono, para lo cual creyóse con las fuerzas bastantes. ¡Tal era el temple de su alma!

No fueron la vanidad ni la holganza las que ocuparon á Cuauhtemoc en su nuevo puesto: todo entregado al servicio de su patria, ocupóse desde luego de proseguir y aumentar la fortificación de la ciudad, que había comenzado su antecesor; dispuso que activos espías le diesen cuenta de los intentos de españoles y tlaxcaltecas, y muy particularmente procuróse nuevas alianzas con los otros pueblos de las orillas del lago; ordenó nuevos enganches para el ejército, y un nuevo y cuantioso apresto de armas y de municiones de boca.

Previendo que tendría tal vez que soportar un sitio, fué oportunamente haciendo salir de la capital á cuanta gente podía comer inútilmente sus víveres, y entorpecer sus maniobras; dispuso trabajos enormes en los arsenales, destruyó algunos puentes en los caminos vecinos, y así preparado para la guerra, esperó tranquilo el ataque de los españoles.

¡Lástima grande que la historia nos diga poco de la juventud de Cuauhtemoc, donde podríamos admirar, sin duda, todas las cualidades guerreras que le distinguieron! Casado con Tecuichpatzin, hija del soberano Motecuhzoma, su odio para los españoles se había aumentado con los lazos de familia. Bernal Diaz, hablando de Cuauhtemoc, lo describe así: "Cuauhtemoc era de muy gentil disposición, así de "cuerpo como de facciones; y la cara algo larga y alegre, y

“ los ojos parecían que cuando miraban mas que era con “ gravedad y halagüeños, y no habia falta en ellos; y era de “ edad de veintitres á veinticuatro años, y el color tiraba mas “ á blanco que al color y matiz de esos otros indios.”

Ixtlilxochitl dice lo siguiente: “ Eligieron rey á Cuauhtemoc de edad de catorce años, famosísimo capitan, cual convenia para el tiempo y trance en que se veían los mexicanos. ”

Tal era el hombre á quien se encargaba la defensa del imperio: hijo de Ahuitzotl, habia heredado de su padre todas las virtudes guerreras que distinguieron á aquel emperador: hijo del Anahuac, habia heredado un acendrado amor patrio.

Las disposiciones tomadas por Cuauhtemoc, de que hemos dado cuenta mas arriba, demuestran su habilidad, su política y su actividad. Merced á esta, pudo conocer todos los movimientos de los españoles y sus preparativos, y oponerles oportunamente considerables fuerzas, que muchas veces introdujeron la derrota y la desmoralizacion entre los invasores.

V.

Los momentos terribles se acercaban. Cuauhtemoc lo sabia y dió sus disposiciones: ignoraba, sin embargo, el camino que habia de seguir Cortés. En esta ansiedad fuese casi todo el mes de Diciembre de 1520, hasta que por fin el 28 comenzaron á moverse las fuerzas de Tlaxcallan, sabiéndose entonces que los conquistadores seguían el camino mas difícil, el de la montaña. Merced á los activos espías mexicanos que rodeaban al ejército, pudo saber igualmente el número de sus contrarios, que los historiadores hacen subir desde . . . 100,000 á 150,000, y las jornadas y disposiciones tomadas durante la marcha.

Después de unos tres dias de fatigoso viaje, venciendo obstáculos naturales, y otros puestos intencionalmente sobre el camino, pudo llegar Cortés á las inmediaciones de Texcuco, en cuya ciudad temió encontrar una seria resistencia; pero no fué así: parte de la nobleza salió á recibirle, participándole que el rey acolhua le invitaba á penetrar en la ciudad, donde podia encontrar un espléndido hospedaje.

No dejó Cortés de celebrar semejante oferta, que le permitia ocupar pacíficamente una de las ciudades mas impor-

tantes del valle, y así, dispuso su entrada para el 31 de Diciembre. La ciudad estaba desierta.

No queriendo fiar en la hospitalidad de los texcucanos, comenzó á fortificar el palacio que le servia de cuartel, y dió orden para que á nadie se dejase salir de la ciudad, con la esperanza de hacer prisionero al rey, que á la sazón lo era Coanacatzin. La medida de Cortés no surtió ningun resultado, pues la víspera de la entrada de los españoles el rey habíase embarcado para Tenochtitlan, no queriendo fiar en la amistad de los conquistadores, y segun algunos cronistas, desistiendo de su primer proyecto, que habia sido atraer á sus enemigos halagüeñamente, y despues batirlos en las calles de la ciudad.

No desconocien lo el jefe español la importancia del punto que ocupaba, que le abria, por decirlo así, las puertas del valle, trató desde luego de hacer ocupar el trono de Texcoco por alguno de sus parciales que pudiese proporcionarle víveres y soldados; y mas bien, que se dejase dominar por Cortés, y fuese, mas que un aliado, un esclavo servil y complaciente. Al efecto, hizo nombrar rey á Tecocotl, quien gobernó poco, habiéndole sucedido su hermano Ixtlilxochitl, hijo del célebre Netzahualpilli, y á quien todos los que han escrito sobre la historia de México, pintan con los mas negros colores, viniendo á corroborar la general creencia, de que á veces los hijos de los hombres mas eminentes, suelen ser unos miserables.

VI.

Cortés habia dejado á Martin Lopez en Tlaxcallan ocupado en concluir los bajeles que habian de surcar las aguas de la laguna; mas no queriendo perder un tiempo precioso, comenzó activos trabajos para abrir un canal desde los jardines del palacio de Netzahualcoyotl, hasta las orillas del lago. Ocho mil trabajadores comenzaron esta grande obra, que medía, segun Prescott, media legua de largo, doce pies de ancho y otros tantos de profundidad.

Una semana despues de su llegada á Texcoco, se preparó una expedicion bajo el mando de Cortés, con el fin de reconocer la márgen oriental de la laguna. El conquistador avanzó hácia Ixtapalapam con un ejército de 200 infantes, 18 caballos y 8,000 aliados, pudiendo sin ser molestado llegar hasta dos leguas distante de la ciudad.

Sabedor Cuauhtemoc de la salida de los españoles, ordenó que una parte del ejército estableciera sus cuarteles en Ixtapalapam, y detuviese y atacase á los invasores. Estos soldados cumplieron con su deber, saliendo á batir á españoles y tlaxcaltecas. Pelearon los mexica con su bravura acostumbrada; pero inferiores en número retrocedieron de-

sordenadamente, aunque sin desaliento, porque no eran las derrotas, como lo probaron despues, las que desmoralizaran á los soldados tenochea.

Los conquistadores avanzaron hasta Ixtapalapam, donde se tuvo que soportar un nuevo combate. La poblacion se asentaba en la laguna: parte de las casas estaban construidas en la tierra firme, pero otras muchas sobre fuertes estacas clavadas en el agua. A estas se retiró la guarnicion, y allí se peleó desesperadamente, con el agua hasta la cintura. Despues de este combate, ocupáronse aliados y españoles en el saqueo y en el incendio. La bella Ixtapalapam quedó reducida á escombros.

Cuando mas ocupados estaban los españoles en despojar á las pobres víctimas de la ciudad asaltada, operacion que hacian al horrible esplendor del incendio, oyóse un formidable ruido semejante al de una cascada, desbordándose sobre duros peñascos. Un solo grito resonó en todo el ejército: "¡La calzada está rota!" Mientras que los españoles se ocupaban en la inícuca obra de destruccion que habian emprendido, los mexica trataban de abrir un ancho foso en la calzada que servia de dique á las aguas de Chalco, que mas elevadas que las de Texeuco, luego que el canal estuvo hecho, desbordáronse por allí con horrendo estrépito.

Ixtapalapam iba á ser inundada. ¡Pero qué importaba ya la pérdida de unos cuantos montones de cenizas y de escombros!

Tembló Cortés al conocer su situacion, y la retirada se ordenó inmediatamente. Durante algun tiempo pudo caminar al fulgor del incendio; mas lejos ya de la ciudad, la oscuridad mas espantosa envolvió al ejército, y esto en los momentos en que llegaba al terrible foso. Muchos de los soldados, al intentar salvarlo, fueron arrastrados por la corriente, y otros muchos, libres del peligro, siguieron marcha tan difícil, que se semejaba á una derrota. La pólvora estaba inservible, los hombres ateridos de frio y muertos de cansancio.

Al alumbrar el sol del día siguiente, pudo verse que una multitud de canoas cargadas de guerreros mexicanos perseguian al ejército, previendo la situacion en que debería encontrarse, y que otra parte de las tropas procuraba flanquearlo por la parte de la montaña.

Prescott y otros historiadores dicen que Cortés no intentó el combate, y solo pensó en llegar á su cuartel general de Texeuco; pero el parcial Solís, que mas bien que historia escribió un panegírico, hace que Cortés derrote una vez mas á las tropas del imperio. Esto no es exacto, puesto que aun el mismo conquistador, en sus célebres Cartas, habla de este suceso de muy distinta manera de como lo refiere el historiador Solís.